Para el sabio como para el sencillo y falto de estudios la luz de la fe en su oscuridad y en su seguridad es la luz principal y la que comunica el más alto y noble concepto de Dios, y ella me dice: *Dios es el infinito, el sin límites en toda perfección.*

180. Porque la ciencia, con todo su saber, ¿qué nos enseña de Dios? ¿Qué nos dicen los sabios para ilustrar y esclarecer un poco la fe? No puede el entendimiento tener ideas unívocas ni que de cerca se asemejen a Dios. Las ideas ya son imágenes y Dios no tiene imagen ni figura. Las ideas que expresamos sólo pueden expresar una comparación tan lejana y desemejante, que no se parece nada a Dios. Nuestro modo de conocer no es el modo de conocer de Dios. Sólo el entendimiento divino puede conocerse tal como es: Infinito en toda perfección.

¿Qué puede y cómo puede expresarse la perfección infinita? No lo sabemos. La teología bien cimentada me enseña que de Dios sabemos lo que no es; imposible saber lo que es ni figurárnoslo hasta que no le veamos. Dios supera todo entender y solo queda la ciencia de la fe: creer que es infinito en toda perfección.

Mientras vivimos en este mundo sólo podemos conocer por comparación de lo que conocemos en la tierra. Si yo dijera que un perfume exquisito se parece al barro, me dirían todos que en

nada se parece, y lo mismo de una muy dulce armonía: todos se quedarían sin poder formar idea de lo que es ni el perfume ni la armonía. Pues inmensamente menos se parece Dios a la comparación más bella y más ideal que yo hago para dar a conocer a Dios. Es muy cierto que es mucho más fácil, con ser imposible, que hablando yo con un animalito o con un jumento o león me entiendan y se den cuenta de mis palabras e ideas, que yo entienda a Dios y forme idea adecuada de Dios. Es inmensamente más grande la distancia que me separa a mí de Dios que a un animal de mí. También yo pertenezco al mismo género de animal y de mí a Dios hay distancia infinita.

Dios es sobre todo, creador de todo, sin parecerse a nada. Sólo se parece a Sí mismo. Ni el lenguaje humano, ni la precisión humana, ni las ideas humanas, son aptos para expresar algo concreto de Dios. Habla el sabio y dice maravillas de Dios, que nos pasman y deslumbran; hablo yo y estoy pensando decir hermosuras de Dios, y veo no acierto a decir nada. Pero ojalá nunca dejáramos de hablar todos de Dios, y nunca nos agotaríamos de aplicar a Dios todas las bellezas y grandezas y encantos de la creación, porque nos animaríamos a vivirle en mayor amor, porque adquiriríamos una más alta noción de Dios y buscaría nuestro espíritu más noble y delicada hermosura

y un bien más inefable, y soñaríamos un encanto más extraordinario. Pero cuanto puede decir la sabiduría humana, cuanto ha razonado Santo Tomás superándose a sí mismo, las genialidades tan altas y luminosas que indica San Agustín, *el insoñable no sé qué que quedan balbuciendo* todas las criaturas y el inexplicable *saber no sabiendo que llega a no entender entendiendo, toda ciencia trascendiendo* del angelical San Juan de la Cruz, las bellezas y comparaciones más delicadas y primorosas de Nieremberg, todo es nada ante la omnipotencia e infinita beldad de Dios.

181. Pienso yo esta comparación entre Dios y la sabiduría o conocimiento que los hombres tienen de Dios, aun los más eminentes. Hoy admiramos todos las bellísimas fotografías que se hacen hasta de las obras de arte más complicadas y maravillosas. No deja de percibirse ni un detalle y a veces con mayor encanto que tienen en la realidad. Si esas fotografías de finísimos clisés, tan minuciosa y primorosamente detallados las imprimimos en un papel áspero, de estraza, no se ve nada más que un borrón de tinta, ni hay caras ni detalles ni primor, antes fealdad y confusión y una gran mancha. Nada se ve ni se conoce, desapareció toda la belleza y se perdió el arte. Algo semejante nos acontece en el conocimiento de Dios. Dios es infinito en toda perfección y hermosura. Todo en

Dios es delicadísimo, primoroso y encantador, y al querer nosotros expresarle en nuestro lenguaje e imprimir un concepto claro de sus perfecciones, las desfiguramos y afeamos más que se desfiguró la belleza de la preciosa fotografía al imprimirla en un pésimo papel. Esto es lo que puede expresar de la infinita realidad de Dios el sabio más sabio. Sólo como un borrón, que no nos da noción de lo que es.

Pero aun así debiéramos todos aspirar a hablar continuamente de Dios.

Santa Teresa dice que de hablar de Dios y de oír hablar de Dios nunca se cansaba. Si tantas cosas bellas y que nos cautivan conocemos en la tierra, ¿qué será soñar en la luz y belleza divinas y saber que toda la luz y belleza de la tierra y del cielo es como fealdad comparada con Dios?

Y siempre nos queda el altísimo vuelo de la fe; Dios es el infinito, es sobre todo lo bello, excede sin comparación a todo lo más excelso, es mucho más que todo. De Dios, repito, no podemos ni aun rastrear lo que es, sino sólo lo que no es. Estas bellezas me animarán a aspirar el perfume de Dios y empaparme y vivir en su fragancia y luz. ¿Qué serás, Dios mío? ¿Qué será vivir en tu hermosura? Pero ya estoy y vivo en Dios y Dios está y vive en todo, totalmente, aun cuando no le veo ni le siento.

182. Sólo Dios, repito, se conoce a Sí mismo. Sólo Dios puede conocerse y se conoce de hecho en toda su grandeza. Sólo Dios se conoce en toda su infinita perfección, en toda su infinita omnipotencia y sabiduría y bondad. Y Dios se conoce siempre, se conoce actualmente y totalmente. Se ha conocido y se conocerá siempre actualmente como ahora. Dios está siempre en el ahora de infinito gozo, de infinita felicidad, de infinito conocimiento, de infinita sabiduría, bondad y poder. Dios siempre ha sido, es y será sin principio ni fin, el ahora de la infinita dicha. En Dios no puede caber más gozo ni puede tener menos gozo: es el infinito.

Por la infinita misericordia de Dios yo espero conocerle y le conoceré cuando me *infunda la luz de la gloria,* cuando separándose mi alma de mi cuerpo levante mis potencias a visión de cielo y vea la esencia de Dios; entonces veré la infinita perfección de Dios y me empaparé en ella y veré y conoceré todas las cosas en Dios y entraré en la dicha para siempre. Entonces mi alma será presa del pasmo y del éxtasis de admiración, de gozo, de dicha. Entonces entraré en la posesión de Dios. Tu vista, Dios mío, me hará feliz, me llenará de tus mismas perfecciones y de tu misma sabiduría y dicha.

¿Qué será ver a Dios y ser poseído y transfor-

mado por la hermosura y felicidad de Dios? ¿Qué sentirás, alma mía?

No se puede decir ni aun comprender. Algo me da a entender esta anécdota de la vida de Santo Tomás de Aquino. Santo Tomás siempre habla de Dios en sus libros de teología con serenidad, con firmísimo raciocinio, con un equilibrio y precisión sorprendente. No puedo leer sin maravillarme lo que en la *Suma contra los gentiles* discurre sobre Dios, sobre las perfecciones de Dios, sobre la naturaleza de Dios, su esencia, su hermosura, su omnipotencia, su felicidad y eternidad. Dios mío, qué admirable te mira mi entendimiento. Y veo salir de tu mano todas las criaturas y toda la armonía y variedad de los mundos. Todo lo enlaza Santo Tomás con Dios en maravillosa lógica y siempre aparece Dios, el infinito, el Sumo Ser, el Sumo Bien, el sumo entender y amar.

Se cuenta en la vida del santo que después de muerto se apareció a su amanuense más continuo y más querido, fray Reginaldo. Fray Reginaldo era un gran teólogo y sentía grande y santa curiosidad de saber cuanto a Dios se refería y lo que el alma vería en Dios en el cielo. ¿Quién no va a sentir ansia de saber cuanto sea posible de la vida eterna en Dios y del último fin? Ya sé yo que la fe me dice que es la felicidad misma por la visión de Dios. Pero mi deseo es saber algo más detallado de la eternidad y de Dios. Al ver fray Reginaldo a

Santo Tomás, ya glorioso, con la misma confianza con que escribía cuanto le dictaba y le preguntaba las dificultades, le preguntó ahora: *Ya en el cielo, ¿qué es lo que ha visto?* Y Santo Tomás le contestó con el mismo lenguaje y la misma precisión que usaba cuando explicaba o respondía a sus preguntas: *Sicut audivimus sic vidimus,* o sea: *Como lo oímos, así lo hemos visto.* Como me lo había enseñado la fe, lo he visto en la realidad. Lo más conciso y lo más profundo y bello que se puede decir. Como me lo enseñó la fe: lo infinito, lo incomprensible e inexpresable. Lo que nos dice San Pablo, *de la sabiduría de Dios, sabiduría recóndita..., que ninguno de los príncipes de este mundo ha entendido..., y de la cual está escrito: ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.*

Como Santo Tomás había comentado las Epístolas de San Pablo y los Salmos de David, y los había vivido en vida santa, da por respuesta: como le vi por la fe en la tierra, he encontrado a Dios en el cielo: el infinito, el sin límites en todo bien, la suma sabiduría adonde no puede llegar la exaltación del entendimiento hasta que Dios la da. Ha encontrado aquella soberana contemplación de que habla en sus obras, aquella visión de Dios donde el alma se empapa en lo infinito de Dios y conoce lo infinito por encima de todo, y lo conoce en la

misma gloria de Dios ya para siempre gozando de sus perfecciones.

183. Veré a Dios en Sí mismo, en su esencia y en su gloria, y entonces veré la diferencia que hay de aquella divina realidad, del vivir la vida de Dios, y de este como jugar a ver a Dios que es lo único que puedo tener en la tierra. Ver a Dios es entrar no sólo a ver la vida de Dios, como lo que ahora entendemos, sino a vivir y poseer la misma vida de Dios, a participar del gozo, del mismo gozo de Dios y de su dicha. Esta es la razón por la cual me dice la teología que en la tierra no se puede ver a Dios en su esencia, sino por un milagro sumamente extraordinario, porque es tan altísimo e insoñable, que no se podría continuar viviendo.

La visión de Dios es el bien de todos los bienes, la hermosura de todas las hermosuras y el gozo de todos los gozos. Desde el momento en que el alma recibe o entra en la visión de Dios, entra ya para siempre en la dicha, entra en la felicidad, toma posesión del Sumo Bien para siempre, para siempre. Mientras vivo en la tierra, estoy trabajando con esfuerzo para preparar aquel tesoro de gracia y de amor sobrenatural que espero acumular por la práctica de las virtudes y por la oración y la vida interior. Intento ahora sumergirme cuanto pueda y empaparme cuanto me sea po-

sible y cuanto la misericordia del Señor disponga en lo más grande y hermoso que existe, en la más alta realidad y fuente de toda realidad y de todo encanto, como es el esplendor de la verdad que me enseña la fe y me da la esperanza y acrecienta el deseo de la vida eterna del cielo.

Cuanto en la tierra pueda leer y soñar de agradable, de fascinante, de lo que me puede llenar de admiración y me transporta; cuanto me puedan hacer concebir los sorprendentes inventos de estos tiempos, no puede tener comparación con aquella perfecta hermosura y aquel lleno de alegría de Dios. Ni aun cuando llegara a poseer y conocer todos los bienes creados que puedan darse y tener aun las mismas criaturas angélicas más excelsas, no podrían compararse con la realidad y posesión del mismo Dios Creador de todo, y sólo El es infinito, para quien he sido criado. Dios infinito es mi fin último y perfectísimo.

184. Quiero pensar y mirar esta grandeza y lo excelso de Dios bajo otro aspecto, que no dejará de alentarme también para ofrecerme perfectamente a Dios bien infinito.

¿Qué serás tú, Dios mío, y qué será verte directamente y conocer tu esencia? Mucho he leído ponderando las penas del infierno, y después de haberlas visto descritas de modo muy impresio-

nante, me dicen los autores que todas las terribles penas dolorosas de los sentidos no pueden compararse con la terribilísima pena de daño, que consiste en verse para siempre separado de Dios. Es lo que Santa Teresa me dice sintió cuando Dios la hizo la grande merced de estar en espíritu en aquellas penas, que aun cuando había pasado los dolores más grandes que se pueden pasar en la tierra, «*no es todo nada en comparación de lo que allí sentí y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sentible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco... Aquí el alma misma se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolor*».

El infierno es la desdicha, es la desgracia, es «*aquel fuego y desesperación interior*», que es lo peor.

Esto terribilísimo, *lo peor, la pena de daño*, es el efecto de la privación del último fin, el castigo de verse el alma alejada de Dios y sin poder jamás verle. El alma se encuentra eternamente dislocada y descentrada con ansias infinitas de ir hacia su centro y ver lo infinito.

Leo en autores religiosos este profundo y mag-

nífico pensamiento: «*No sois, Señor mío, aquello que no se puede pensar cosa mayor, sino sois aquello mayor que no se puede pensar*» (San Anselmo). Dios es infinitamente sobre lo que se puede pensar y desear en hermosura, en grandeza, en encanto, en poder y sabiduría, en felicidad y en toda perfección. De cuanto la inteligencia más alta y de la imaginación más exaltada y soñadora pueden pensar o soñar a lo altísimo de la realidad de Dios, hay distancia infinita. Y los autores hacen esta comparación: Se puede pensar una hermosura tan agradable, tan deliciosa y encantadora, tan amena y deleitable y fascinadora por su atractivo y bondad, que se aceptarían por algún tiempo los terribles dolores y espantables penas que nos describen del infierno por conocerla y poseerla y tenerla por propia.

De hecho se está realizando esto todos los días cuando se abraza con una cosa deleitable y se comete el pecado y se aparta y aun se hace enemigo de Dios. Me decía uno en cierta ocasión estando enfermo—y era escritor de bastante fama—: «¡Bah! ¡Las penas del infierno no me importan nada!» «¡Ya verá si le importan si va allá!», le dije. Pero es cierto que el entendimiento y la imaginación exaltada conciben una cosa tan agradable y fascinadora, que pasarían las penas del infierno por llegar a poseerla. ¡Es siempre la fascinación del pecado! ¿Cómo no abrazaré gustosísimo, en cuanto

cabe, esas penas de sentido del infierno por ver a Dios? ¡Y qué bien pagado quedaría aun cuando sólo le viera por un momento!

Aun hablando del contento que el alma siente en la oración, me dice fray Luis de Granada: «*El alma que ya una vez aprendió del Señor a entrar dentro de sí misma por su presencia y gozar de ella en su manera, no sé si tomaría antes por partido padecer por algún tiempo las penas sensitivas del infierno, que verse desterrada y carecer de la dulzura de estos pechos divinos.*» ¿Qué será ver directamente la esencia de Dios y su infinita grandeza y hermosura y su gloria con la inimaginable bondad y majestad? ¿Y qué sentirá el alma al empaparse y hacer suyo y gozar como propio todo eso infinito y la inexplicable delicia? Si yo viviera ese fervor, si aquí en mi recogimiento viviera al Señor y el Señor quisiera hacer sentir un poquito su ternura, escogería esas penas terribles para volver a sentir esa corriente de gozo y de amor, esa luz de inefable belleza y suavidad, esa armonía propia de ángeles. ¿Qué sentirá el alma cuando vea y posea y goce directamente a Dios?

Todo esto lo imagino y pienso yo; todo esto me lo dicen autores buenísimos y lo han sentido y deseado almas santas. Y siendo la realidad de Dios, no sólo sobre todo eso, sino sobre cuanto se puede pensar y soñar, hasta por los mismos ángeles, con mucha razón y verdad por ver a Dios en su esen-

cia sólo un momento, sólo un instante de instante, se escogería padecer las penas sensitivas del infierno.

Lo quiero mirar ahora bajo otro aspecto: veo que todos tenemos miedo a la muerte. La muerte fue castigo de la naturaleza y siempre atemoriza aun cuando se la desee. La deseaba San Pablo para ver a Dios y escribe que deseaba naturalmente ser sobrevestido de la luz de la gloria o visión de Dios, sin pasar la muerte, pero no es posible. La deseaba Santa Teresa de Jesús, y en los éxtasis en que se ponía a par de muerte al mismo tiempo que la deseaba lo sentía. La muerte nos despoja y no quisiéramos ser despojados, sino enriquecidos sin despojo. Y San Juan de la Cruz, suponiendo estas angustias y dolores de la muerte, añade: «*No hace mucho aquí el alma en querer morir a vista de la hermosura de Dios para gozarla para siempre, pues que si el alma tuviese un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla ya para siempre..., pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla un solo momento, y después de haberla visto pediría padecer otras tantas por verla otro tanto.*»

¿Qué será ver a Dios? ¿Qué será ver lo infinito de Dios, infinito en toda perfección? ¿Qué será sumergirse y empaparse en la hermosura de Dios y llenarse hasta saturarse de la sabiduría y del

poder y de la bondad de Dios? ¡Y yo veré a Dios cuanto yo ahora quiera!

185. Porque ahora en la tierra me estoy preparando para verle; ahora en la tierra y en esta vida retirada e interior que he escogido, estoy preparándome no sólo para que Dios me transforme y haga luz, y amor suyo, estoy también atesorando los tesoros de vida eterna que me dijo el Señor en el Evangelio debía atesorar, y haciendo capacidad en mí, ensanchando el corazón y la voluntad de amar y el espíritu todo por el ejercicio de las virtudes para poder participar más de las perfecciones divinas en el cielo y tener más gloria y más felicidad, pues tanta gloria tendré en el cielo y tanto veré y gozaré de Dios cuanto haya sido mi amor y mis virtudes en la tierra. Cuanto le ame y tenga en la tierra, le amaré y tendré también en el cielo.

Este mi esmero en procurar pensar continuamente en Dios y tener mi atención puesta en Dios, hermosura de toda hermosura y encanto de todo encanto, es para amarle más y más y que me de más amor suyo y es para prepararme a recibirle mejor. La fe me enseña que la cruz y los sufrimientos llevados con amor preparan el alma, prueban la verdad del amor a Dios y agrandan la capacidad de amor. ¿No me abrazaré yo gustoso por Dios con los sufrimientos de la vida que he escogido?

El religioso y toda alma santa en el estado en que viva, se abraza con la Cruz y el sacrificio de la vida austera y renuncia a muchos gustos y bienes y comodidades materiales y hasta renuncia a su propia voluntad por hacer mejor la voluntad de Dios, para dar gloria a Dios y darle alabanza en la total inmolación de su persona, pero también para adquirir méritos y mayor gloria personal en el cielo.

Por lo mismo que deseo amar a Dios, deseo que todos los hombres le amen y me ofrezco en sacrificio por la expiación de los pecados, para unirme en la redención del mundo con Jesús inmolado, porque es lo más grande y en lo que más gloria se da a Dios, pero al mismo tiempo sé que estoy ganando gloria eterna para mí y hermoseando mi alma. Por esto, dadme, Dios mío, ansia de amores y de hacer algo para que todos os amen como se la disteis a los santos. Dadme la gracia de la inmolación a Vos en mis gustos exteriores e interiores, que son los que más me cuestan y más valen, por la expiación de los pecados y en la alabanza a Vos; dadme la aceptación a vuestras disposiciones y la fidelidad delicada, primorosa y diligente a vuestra voluntad e inspiración.

Porque vivía estas ansias el Venerable Domingo de Jesús María, que tantas mercedes y tan extraordinarias había recibido durante toda su vida, estando ya en el lecho de la muerte y teniendo los

ojos cerrados fue preguntado qué sentía, y respondió con el mismo endiosamiento con que había siempre vivido: *«Veré a Dios, veré a Dios... Veré a la Virgen.»* Dentro ya de un momento veré a Dios en su esencia y en su gloria y en Dios veré la hermosura y gloria de la Virgen.

Porque había sido santo en la vida, porque había sido fiel, porque había vivido tan intensamente la vida interior y practicado tan perfectamente las virtudes, porque no había vivido y pensado en sí, sino en Dios y para Dios, ya antes de partir de este mundo se encontraba con Dios y lleno de Dios e iba de un momento a otro a ver a Dios, a entrar en la posesión de Dios y recibir los tesoros que había atesorado y Dios le tenía guardados.

Dios, Dios infinito y su gloria es mi fin y mi dicha. Esto me estimula a no perder ni un momento, a no desperdiciar ni una ocasión, ni una obra, a mirar siempre a Dios. Veré a Dios; veré a la Virgen en Dios; veré y conoceré todos los seres y el universo todo en Dios; veré a los santos en Dios; estaré ya en su dulce compañía. Estaré en la compañía de los santos y de las almas privilegiadas.

186. Platón y Cicerón sentían gran placer en pensar que en el cielo, como ellos lo soñaban, tan bajo comparado con lo que nos enseña la fe y la doctrina cristiana, tratarían con los hombres emi-

nentes, buenos y agradables. Yo sé que no sólo veremos y trataremos con Dios infinito, sino que estaremos en El y nos haremos una cosa y una hermosura y felicidad con El, y en Dios nos conoceremos y nos trataremos todos y veremos la gloria de cada uno y por qué se la ha dado Dios, y nos gozaremos en su gloria y en su felicidad. Para la felicidad y dicha perfecta no necesitamos de nadie ni de nada, sino solamente de Dios. Todas las demás criaturas, por altas y perfectas que sean, aun los mismos ángeles en todas sus jerarquías, son como polvo de nada comparados con Dios. Son maravillosísimas las criaturas angélicas; las conoceremos, admiraremos y trataremos; nos conoceremos con todos nuestros pensamientos los bienaventurados en el cielo sin tener secretos y conoceremos el misterio y esencia de nuestras naturalezas; nos amaremos, nos comunicaremos y trataremos y gozaremos íntimamente en Dios todos los bienaventurados con perfecta confianza y verdad, sin engaño alguno; nos amaremos y gozaremos en el gozo de Dios, y esto puede ser como un complemento muy secundario de la gloria accidental; pero lo grande, lo inefable, lo infinito, la dicha, la saturación de felicidad y de gozo es ver a Dios, conocer a Dios, beber hasta saturarse de la ciencia, de la hermosura, del poder de Dios; saturarse del gozo y de la felicidad de Dios. ¡Poseer a Dios infinito y en Dios todas las cosas! Nada se podrá desear o soñar

que no se tenga en sumo gozo. ¿Qué será Dios infinito?

Dios no necesita para su felicidad infinita de estos mundos que El ha criado ni de ninguna de las criaturas racionales o angélicas para ser infinitamente feliz. Dios no ha recibido nada de nadie, sino que lo ha creado todo; ni ha sido más después de la creación externa que lo fuera antes o no tuviera antes. A Dios nada le han enseñado los mundos que El ha creado. Dios es su propia vida y su propia felicidad eterna. Dios siempre ha sido el Sumo Bien, el Sumo Gozo y el poder y la sabiduría infinitos. Nos ha criado a nosotros y a los mundos para comunicarnos perfecciones y vida suya. Al alma como al ángel lo que le interesa es Dios y conocer y gozar a Dios.

Ciertamente nos gozaremos de ver el gozo, la felicidad, la sabiduría, la hermosura y el amor de las almas bienaventuradas; de ver que están llenas de vida de Dios, que tienen plenitud de gracia y de amor, y por lo mismo de dicha y de gloria; nos trataremos con todos y conoceremos cómo adquirieron tanta gloria y los heroísmos que hicieron por Dios. Conoceremos los secretos de los mundos y de la naturaleza y cómo los formó Dios; nos gozaremos con los santos en Dios. Pero todo este gozo y este trato y conocimiento es como nada comparados con Dios, con el tesoro infinito de Dios. Veré a Dios y no tendré más gloria esencial, por-

que vea y conozca y trate los santos y los mundos, porque todo lo tendré en Dios y todo lo veré y conoceré en Dios. ¡Veré a Dios!

187. Y aquí he escogido esta vida y procuro la vida interior y ser más espiritual para prepararme para recibir más gloria, y amando más a Dios, gozarle luego más.

Y ese Dios infinito que veré glorioso en el cielo está en mí ahora, está dentro de mí, en mis pensamientos, me está ofreciendo su amor. ¡Dios mío, Dios mío!, estás en mí real, todo, verdadero, invisible, no sensible, pero infinito como eres, pero aún no en gloria. ¡Dios está en mí! ¡Y yo sin veros sensiblemente! Pero llamado y enseñado por tu palabra revelada, vengo a estar contigo, a ofrecerme a Ti, a vivirte; vengo a amarte y a que me hagas amor tuyo. Lo he dejado todo, renuevo el dejarlo todo; lo he sacrificado todo para ser en todo totalmente tuyo. Te suplico que llenes de Ti mis pensamientos y mis afectos y todo mi ser. Quiero estar solo contigo y a solas cuanto Tú quieras. Te pido que me vistas tu vestido de amor y de gracia, de ese tu amor que entra en la esencia del alma y la transforma y llena de hermosura. Dios mío, que viva en tu verdad. Tu verdad tome posesión de mí para que fortalezca mi voluntad y ya me ofrezca como los ángeles para hacer gozosa tu voluntad, para terminar con mi amor propio y estar rendido

a tu querer en obediencia, para adquirir el conocimiento de la grandeza del sacrificio, para vivirte a ti, Dios mío.

¡Para qué maravillas tan delicadas e íntimas me habéis llamado! El alma santa es alma esposa de Cristo. El alma esposa no se pertenece a sí, sino al Esposo, y el amor del Esposo es de la esposa y el de la esposa es del Esposo. Jesucristo se me ha entregado. Que yo me entregue.

Dios encontró a la Virgen fidelísima y la entregó su amor. La Virgen había entregado el suyo a Dios. Si Dios encuentra en mí esa fidelidad, esa prontitud y abnegación; si Dios ve que me he vaciado con su ayuda de mí mismo, de mi amor propio, me llenará de su amor, depositará en mí los tesoros de su amor y de su misericordia; Dios hará en mi alma la transformación, la fusión, la unión de amor con El. Levantará mi alma en sus brazos de misericordia y llenará mi alma de su luz y de su hermosura. Mi alma entonará el cántico del agradecimiento, del amor, de gozo y de cielo. ¡Alma mía, engrandece a tu Dios, porque ha obrado maravillas en ti!

Deseo que mi vida esté escondida en el pecho de Dios y envuelta en la luz de Dios. No quiero dejar entrar en mí polvo de mundo ni cantos de sirenas para que sólo resuene en mí la palabra y la armonía de Dios. Mi vida de oración, a solas con Dios solo infinito, hará de mi soledad un cielo;

haré en mi soledad lo que hacen los ángeles en el cielo. Vivo con Dios. Dios está presente en mí.

El infinito, el inefable, el que es Sumo Bien y Suma Perfección, me envuelve. Dios, el gozo y la dicha de los ángeles, me ama y está conmigo y en mí; me pide mi amor y me da su amor, y me le da según sea mi fidelidad y entrega. Dios mío, amadme para que os ame. Estad conmigo y cumplid en mí el fin para que me habéis llamado, transformando mi alma en vuestro amor y haciendo la unión de amor conmigo como lo deseáis.

Con vuestro amor lo podré todo. Con vuestro amor lo sabré todo, pues vuestro amor es el que fortalece e impulsa, el que atrae el pensamiento e inflama la voluntad llenando de ansias y de delicia. Dadme la ciencia del amor para que pueda decir con toda verdad: soy vuestro. Vos sois mío. Sólo quiero cantar vuestras misericordias amándoos. Hacedme amor vuestro.

DUODECIMA LECTURA - MEDITACION

LA VIRGEN, TEMPLO Y CIELO, PORQUE VIVIA A DIOS Y ESTABA LLENA DE AMOR DE DIOS

188. Dios está en mi alma. Dios llena todo mi ser y llena toda la creación. Dios quiere llenar mi alma de su gracia y de su amor. Dios me inspira y me llama insistentemente ofreciéndome su gracia para que con esa gracia suya y mi fidelidad en las virtudes mi alma esté apta, limpia y transparente y esté preparada y hermoseada y me la transforme Dios mismo para unirla con El en amor.

Dios quiere unirme en amor con El y comunicarme de su misma vida, de su misma luz, de su misma perfección, y darme conocimiento sobrenatural.

Dios llena mi alma y desea llenármela de santidad, de amor, de hermosura suya. La vida religiosa que yo he abrazado es vivir a Dios viviendo

su amor por las virtudes. Dios quiere darme la vida sobrenatural, quiere dármela muy cumplida. Me he ofrecido y entregado a Dios para que El haga en mí la transformación y la unión de amor con El. Si no la vivo, si no me preparo fielmente para vivirla, estaré siempre como dislocado y descentrado y sin la paz y fuera de la luz. Nunca aprenderé a cantar el cántico del agradecimiento a Dios ni el cántico de sus misericordias en mí.

Dios me llama para vivir vida santa, de amor suyo, de virtudes en mi retiro. Mi retiro es la voz de Dios que me habla constante y amorosamente de su amor y de mi entrega a El. Cuanto leo, cuanto trato, cuanto me rodea, me habla de su amor y me ayuda a grabar su imagen dentro de mi alma. Se me ha dado a Sí mismo por modelo en Jesucristo y me da también el modelo de su Madre Santísima. Jesucristo se hizo hombre para redimirme y alcanzarme la santidad y para ser mi modelo y me dijo también, señalándome a la Virgen su madre: *Ahí tienes a tu Madre.*

La Virgen es mi Madre, mi modelo y mi intercesora ante Dios. La amo como a Madre. Miro admirado y cariñoso a la Virgen como prototipo de mi vida de amor a Dios, de mi vida interior, de la vida de virtudes perfectas, de mi vida de ofrecimiento y de mi vida de expiación.

189. Es costumbre en los conventos de Carmelitas Descalzos y de las madres, desde que Santa Teresa puso la imagen de la Virgen presidiendo en el coro como verdadera Priora, tenerla todos presidiendo en el coro, porque en realidad ella es la Priora de todos sus conventos, como es también la dueña y propietaria. No es el superior o superiora visible quien está al frente de la Comunidad ni en el coro, ni en la recreación, ni en cualquier otro acto, sino la Virgen Santísima. No es el superior o superiora que se ve y se oye y dispone cuanto hay que hacer, sino la Virgen Santísima el verdadero Superior. El que se ve y se oye es sólo un delegado de la Virgen. El delegado puede equivocarse y ser imprudente e inoportuno en sus disposiciones. La Virgen ni se equivoca, ni se olvida, ni es inoportuna. La Virgen lo sabe hacer y lo hace maravillosamente y con la mayor delicadeza y prudencia que cabe soñar, y siempre para mi bien y mi santidad, aun en las equivocaciones de su delegado. La Virgen es mi Madre y mi Maestra y mi Superiora.

Quiero ahora detenerme en meditar un poco sobre la Virgen mi Madre.

Pienso y suelo decir yo que la primera y más santa de las Carmelitas fue la Virgen, como fue la mejor y más santa y más prudente y amable de las madres. Fue la primera y más encantadora. La Virgen llenó todo el ideal perfectísimo de la vida,

del espíritu, de la abnegación, de la delicadeza, de la oración, recogimiento y expiación de la Carmelita. La Virgen vivió la pobreza y privación con alegría, como la Carmelita. La Virgen estuvo continuamente ofrecida y suplicando por la salvación de las almas y santidad de los apóstoles y era la alabanza a Dios por todo el mundo, como la Carmelita.

La Virgen fue la más abnegada y cuidadosa y la más amable y piadosa de las madres y esposas. Como el Niño Jesús aprendía de su ejemplo y oración, justo es me esmere yo en imitarla y copiar sus acciones. Como enseñabas, oh María, a pronunciar a Jesús el nombre de Dios y a adorarle, vive conmigo y enséñame a que mi primera palabra y la última sea la de Dios y a que mi oración y amor sean continuos y enfervoricen y abrasen mi alma, y me muevan a ser de Dios. De este modo viviré entregado a Dios y mi vida será toda de la realidad del amor a Dios, como fue la tuya.

Después de pensar en Dios no puede haber ideal de mayor hermosura y mayor encanto que pensar en la Virgen. La Virgen debe ser el modelo de mi vida. Mi aspiración es seguir en todo sus pasos, vivir la misma vida que ella vivió, amar como ella amó, estar ofrecido a Dios como ella lo estuvo, alabar a Dios y amar y expiar por los hombres.

El alma de la Virgen fue un cielo en la tierra

como debe ser la mía. Vivía en una casa pobre y una vida pobre, pero su alma era un cielo, porque Dios la llenaba de Sí mismo; porque vivía en plenitud de amor, de fe y de esperanza; estas virtudes la llenaban de confianza en Dios. En el cielo todo es amor y el alma de la Virgen era toda amor sobrenatural.

190. *El Cantar de los Cantares* presenta al Amado, Dios, llamando a la puerta del alma como un hermano y la dice: *Abreme, hermana mía.* Llama al alma con esa confianza, amor y trato con que se acude y pide a los hermanos. Dios quiere tratarme a mí, con ser el Criador mío y de todos los seres y el infinito en perfección, como a verdadero e íntimo hermano. *Abreme, hermana.* Dios quiere poner en mi alma su mismo amor y su hermosura; quiere que mi alma tenga la vida sobrenatural, la vida divina; quiere vestirme de su gracia y amor y que mi alma sea trono suyo. Pero quiere que yo quiera y le de mi autorización. Me lo pide: *Abreme, soy Yo.*

Siendo Vos, Dios mío, mi Criador; siendo el Criador de todos los mundos y de todos los hombres y ángeles, siendo el infinito y todopoderoso y estando mi alma y mi vida en vuestra voluntad, venís suplicándome amorosamente que os dé entrada en mí para engrandecerme, para hermosearme e iluminarme con luz de cielo. Quieres, oh Se-

ñor mío, que tenga yo en Ti la confianza y el amor de hermana, la generosidad y ternura de hermana, porque quieres entrar en mi pecho no sólo para tomar posesión de mí, para hacerme trono tuyo, templo y morada tuya, sino para transformarme hasta hacerme amor tuyo uniéndome contigo y dándome tu vida.

No es posible haya ideal más grande, ni de más hermosura, ni de más luz y encanto que éste que Dios me ha señalado y quiere darme.

191. La Virgen, pienso yo, fue la primera y más santa carmelita. Vivió la realidad perfecta del ideal más alto, delicado y atrayente; vivió la vida más perfecta, la más santa; la vida de más íntimo amor, de más abnegada entrega y de mayor eficacia para Sí y para todas las almas. Mereció ser Madre de la Iglesia y el modelo de toda alma que aspira a la perfección.

El alma de la Virgen fue trono y templo vivo de Dios; fue un cielo por amor, un cielo por la alabanza y agradecimiento a Dios, un cielo donde resonaron dulcísimamente todas las armonías de todas las virtudes sin disonancia alguna, desde la perfecta caridad y encantadora mansedumbre con los hombres hasta la más heroica y alta caridad de su entrega a Dios.

El alma de la Virgen fue un cielo en la tierra, donde se vivió el amor más encendido y angelical

que una pura criatura ha vivido en este valle de dolor. Fue un cielo, porque Dios la llenaba toda, porque Dios poseía todas sus potencias y todo su ser, porque la Virgen estaba perfectamente ofrecida a Dios en la obediencia y fidelidad más abnegada y más pronta. Todas las obras, como todos los pensamientos, afectos y deseos, eran actual y conscientemente ofrecidos a Dios. La voluntad de la Virgen era hacer la voluntad de Dios. El alma de la Virgen era un cielo limpio, hermoseado y perfumado con la fragancia y belleza de todas las virtudes. Dios le había iluminado y sobrenaturalizado con la luz de su presencia amorosa.

También quiere Dios hacer de mi alma un cielo. Me conviene reflexionar en la Virgen para no desanimarme, antes alentarme y ver más claros el camino y los medios por donde he de llegar a la unión de amor con Dios, como El lo quiere, y prepararme para que Dios haga esta maravilla de su misericordia y amor en mí.

¡Qué confianza brota en todos los cristianos con sólo pronunciar la palabra María y recordar que es mi Madre y me la ha dado Dios por Madre! ¡Con qué ilusión piensa en la Virgen el alma ofrecida y que trabaja por conseguir la perfección! En este cielo del alma de la Virgen veo yo todas las flores de las virtudes y todas las bellezas que más me atraen. En las manos de la Virgen pongo yo, y debemos poner todos, las oraciones y

súplicas que incesantemente hago al Señor para que Ella me las presente y, siendo mi intercesora, me alcance todas las gracias que necesito para fortalecer mi fe y mi flaqueza, terminar con mis deficiencias e infidelidades, obtener la perseverancia y hermosear mi alma. Mi confianza la tengo puesta toda en la Virgen, porque la Virgen es mi Madre, y no sólo debo yo parecerme a Ella, como Madre mía, como los hijos se parecen a las madres naturales, ni sólo tengo que tenerla por mi modelo; es también mi vida y me alimentará con la gracia para que crezca en el amor divino.

Quisiera yo ahora, Madre mía, mirarte y presentarte con la mayor ilusión, no sólo como te tengo grabada en mi corazón, sino como fuiste en la realidad de tu vida en la tierra. Dios me lo conceda para seguir más perfectamente tus pasos imitándote y para que como a niño tuyo me lleves amorosa en tus brazos.

192. ¿Cómo fue la vida de la Virgen? ¿Cómo amó a Dios la Virgen y se le ofreció como víctima perfecta en expiación de amor por las almas y en alabanza?

El alma de la Virgen fue un cielo. Con filial y tierno cariño nos transmitieron los Evangelios muy pocas palabras pronunciadas por la Virgen. Pero me advierten que la Virgen *conservaba todas estas cosas en su corazón;* guardaba todas las acciones

y palabras de Jesús en su alma para imitarlas, admirarlas y agradecerlas.

De las pocas palabras transmitidas como suyas en los Evangelios se deduce que su vida fue una continua alabanza y un ininterrumpido agradecimiento a Dios. Cuando aún jovencilla va a ponerse al servicio de su prima Isabel para ayudarla, es natural se expansione al encontrarse con ella y salga espontáneo lo que se mueve en su deseo, en su corazón y en su imaginación; lo que vive y aspira a vivir dentro de Sí misma, y sus palabras espontáneas y sinceras fueron: *Mi alma engrandece y alaba al Señor. Mi espíritu está lleno de gozo en Dios, mi Salvador. Mirando la nada de su sierva, hizo maravillas en mi alma el Todopoderoso. Y su nombre es santo.*

La Virgen ve y palpa su nada y la pone confiada y amorosa en las manos de Dios y ofrece incondicionalmente todo su ser al servicio de Dios. Toda su alma y todo su cuerpo, con todas las actividades interiores y exteriores, están ofrecidos a Dios y dice: «Tengo por voluntad la voluntad de Dios, y Dios me ha tomado en sus manos todopoderosas, me ha encontrado fiel y obediente a todo y ha obrado maravillas en mí.» La Virgen bendice y alaba la misericordia y bondad de Dios y se encuentra llena de gozo, porque se encuentra llena de Dios, porque se ve hecha maravilla de Dios, está con Dios y siempre en su presencia y compa-

ñía. Su alma es un cielo de amor y el gozo le brota espontáneo y lo manifiesta.

La Virgen, viendo y palpando su nada, no se desconsuela ni se rebela; se humilla, se recoge y se pone amando en las manos de Dios, su Criador y su Padre, y Dios la hace átomo brillantísimo. La Virgen es un átomo de la infinita omnipotencia de Dios en la creación. De la Virgen a Dios hay infinita distancia. Dios es el Creador, el Infinito; la Virgen, la criatura átomo, pero brillantísimo, y en el brillo recibido de Dios refleja hermosísimamente las misericordias del Señor y nos las hace ver a nosotros, expresando el gozo de su corazón.

193. El corazón de la Virgen no era triste; no lo ha sido el de los santos. El corazón de la Virgen estaba hecho de gozo y vestido de alegría y era un átomo resplandeciente de alegría delante del Señor. La alegría con resonancias angélicas inundaba su alma.

La obra de Dios en la Santísima Virgen es obra de su especialísimo amor. Dios llamó a la Virgen—y Dios me llama también a mí y a todas las almas—para obrar en Ella la obra del amor, para que se dejase amar y para que se le ofreciese en intenso amor. La Virgen fue fidelísima en ofrecerse y en corresponder a la llamada.

También me llamáis a mí, oh Señor mío, y obraréis en mi alma la obra del amor y de la trans-

formación y de la unión si yo no pongo obstáculo alguno, si yo coopero a tus llamadas y soy fiel.

La obra del Señor no puede ser triste, porque es obra de amor. La obra del amor produce gozo aun en el trabajo y en la preparación, pero mucho más cuando se siente y se ve que se tiene el amor. La obra del amor de Dios produjo en la Virgen un gozo inmenso, inexplicable; un lleno de gozo. La virtud, obra del amor, no es triste. La vida del amor por la vida interior no puede ser triste. La vida del alma recogida y ofrecida, la vida del alma de oración y de virtudes, no puede ser triste ni aun en las pruebas, ya sean exteriores, ya interiores, ni aun en las tribulaciones y dolores, pues es vida de trato con Dios y vida de imitación del amado Jesús. Vivir los dolores y tribulaciones y menosprecios es ir pisando en las mismas huellas del Amado. Vivir tratando de amor es vivir dentro del pecho del Amado.

Santa Teresa de Jesús dice que «la virtud de suyo convida a ser amada». Lo triste y lo penoso por su naturaleza no puede ser amado. Quien los ama en sí mismo es un anormal. Hemos sido criados para el gozo y la dicha, que son lo contrario de la tristeza y el dolor. Si se ama el dolor, es como medio para crecer en el amor. La virtud convida de suyo a ser amada, porque es obra del amor y ejercicio de amor, como la oración. Es cántico de entrega y de agradecimiento a Dios. Por la virtud

se hace el alma semejante a Dios y recibe su amor y su gracia. La virtud es el escultor que graba la imagen de Dios en el alma.

El alma de la Virgen era un cielo en la tierra y fue gozo de cielo; era plenitud de amor y la virtud perfecta. Las pruebas que vivió la Virgen y el conocimiento claro de su nada aumentaban su amor y su confianza en Dios. Las pruebas eran el dolor que Ella podía ofrecer como propio y gozaba en poder ofrecérselo a Dios como obsequio; y en su nada veía que todo lo estaba recibiendo de la mano amorosa de Dios, que la cuidaba. Todo aumentaba la confianza y el amor.

194. La fe enseñaba a la Virgen a transformarlo todo en gozo. Si yo sé por la fe, no por lo que siento, sino por la fe, que estoy en Dios, que soy de Dios, que me he ofrecido a Dios, y Dios está en mí, me está amando, me anima a ganar el cielo y puedo decir que soy amado de Dios, con qué delicadeza y con cuánto gozo no lo veía la Virgen por la virtud de la tan viva y firme fe que tenía. Era de Dios y para Dios. La fe nos enseña aquí la realidad de lo que tendremos y veremos en el cielo si perseveramos.

La fe da firmeza de visión y de esperanza. «Fe es creer lo que no veo; verdad es ver lo que he creído... Si permanezco en lo que creo, llegaré a verlo» (San Agustín). «Creo para conocer, no co-

nozco para creer. Lo que he de conocer ni el ojo lo vio, ni el oído lo oyó, ni el corazón lo ha imaginado.»

El obstáculo para recibir las misericordias de amor es la infidelidad, y la Virgen era fidelísima a sus deseos, a sus propósitos y a las inspiraciones de Dios. La Virgen cumplía perfectísimamente la enseñanza de San Juan Clímaco, que decía: «*Alma fiel no es la que cree que Dios lo puede todo, sino la que cree que ella también lo puede todo con Dios.*» Aun cuando viera clarísimamente su nada, tenía este gozo de que era hija de Dios, estaba en Dios y era amada de Dios, porque estaba cimentada, fortalecida y asegurada por la virtud de la fe. La Virgen sabía muy bien convertir las pruebas y los contratiempos y las necesidades en ese gozo que ha manifestado espontáneamente: *Mi alma está llena de gozo en Dios, mi Salvador.* ¿Podía desear la Virgen nada más grande que saber que Dios estaba en su alma y su alma estaba en Dios?

La Virgen Santísima no vivió en la abundancia de bienes materiales. Vivió más bien pobremente y amó la pobreza en que vivía.

El mundo y los hombres no pudieron apreciar la grandeza y santidad de María. El pobre no recibe honra ante el mundo. Jesucristo, que vivió la pobreza de la casa de su Madre, empezó enseñando: *Bienaventurados los pobres de espíritu, por-*

que de ellos es el reino de los cielos. Pero los hombres dirían de la Virgen: he ahí la pobre María. Los hombres no cotizan los bienes del reino de los cielos, sino los bienes de la tierra, y a estos bienes hacen reverencia.

La Virgen no lució en la sociedad, ni aun en la sociedad de una pequeñísima aldea como era Nazaret. La Virgen no procuró el trato de la sociedad, no porque le faltasen cualidades de afabilidad, de belleza o de condición y atractivo, sino porque la Virgen cultivaba dentro de Sí misma otra compañía inmensamente superior a todo. Toda la comunicación de fuera, todo el trato o distracción de fuera, eran oscuridad y fealdad y dureza y nada comparados con el trato que dentro de Sí misma cultivaba. Adentro tenía a Dios y estaba y trataba con Dios. ¿Qué se puede comparar con Dios ni en la tierra ni en el cielo? Adentro se recogía a solas con Dios, el Criador suyo y de todo. Estaba a solas con su amado Dios y dentro de Dios. Todo su interior y las potencias de su alma estaban llenas de Dios, su Amado. Era la rosa de santidad y bondad que se abría y daba toda su belleza y toda su fragancia al amado Dios.

La Virgen no se exhíbe en la sociedad; la Virgen no busca lo de fuera, ni ver o saber curiosidades que empañan, al menos, la memoria y no dejan de disipar y siempre impiden el recogimiento. La Virgen no se afana por tener bienes o amis-

tades; sería hacer de menos el tesoro que lleva dentro y la amistad con quien continuamente trata. Vive gozosa con la compañía y trato de Dios.

Pobre es el que no se contenta con Dios, y dichosa el alma que se contenta con Dios y se goza de estarle ofrecida y tratar con El a solas y muy íntima y confidencialmente. Y la Virgen está gozosa en estar a solas con Dios. Es la lámpara que arde hasta consumirse totalmente ante Dios. La Virgen vivía en la delicadísima compañía de amor con Dios. Dios hizo del alma de la Virgen un cielo y su morada.

195. Resaltan estas virtudes en la vida de la Virgen.

La Iglesia celebra la fiesta de la presentación de la Virgen en el templo. Era aún muy niña, nos dice la tradición, y sus padres la ofrecieron al Señor en el templo y en el templo quedó ofrecida al servicio de Dios hasta ser ya mayorcita. Y la Virgen hizo de su alma un templo mucho más perfecto y santo, donde Ella ofrecía sus alabanzas y sus sacrificios a Dios en agradecimiento y en expiación por el mundo.

Sale del templo ya núbil para vivir con sus padres, que, como sabemos, eran santos, y la Virgen más santa aún que ellos, y para serlo sin estorbo y con mayor recogimiento vivían en una aldea pequeñísima, como era entonces Nazaret, según

nos dicen los que actualmente escriben de historia. Al poco tiempo se une en matrimonio con San José, y el Verbo eterno toma cuerpo humano en su seno.

En esa edad de la juventud y de las ilusiones, antes y después de unirse a San José, viviendo en la casita pobre y silenciosa, está recogida y ofrecida a Dios. No ignora las cualidades maravillosas de belleza, de talento, de encanto, de gracia y habilidades con que el Señor la ha dotado, y, agradecida, las recoge y se las ofrece todas al Señor con la mayor limpieza de espíritu, con el más abnegado y generoso amor, sin polvo alguno de vanidad o de mundo. Vive sólo y toda para Dios. Conscientemente y con plenitud de dominio de su alma y llena de gozo ofrece a Dios toda la floración de perfecciones y hermosura, y su gozo y su vida es estar a solas con Dios, amándole en silencio, y verse llena de Dios y ofrecida a Dios. Para el mundo, para los hombres y la sociedad que la rodean tiene sus oraciones y el holocausto y sacrificios de su vida, ofrecidos en expiación y súplica.

Toda su vida interior y exterior está ofrecida a Dios en alabanza y agradecimiento y al mismo tiempo en expiación para comprar las almas y ser corredentora.

Cuando el arcángel la saluda, hacia los dieciséis años que nos dice la tradición tenía, la saluda como *llena de gracia,* llena de amor de Dios. El

arcángel ve, admirado y gozoso, que el alma de la Virgen estaba en la unión más perfecta de amor con la voluntad de Dios y en la mayor hermosura de virtudes. María estaba llena de Dios y los frutos del Espíritu Santo hermoseaban su alma y también su cuerpo. La sabiduría divina iluminaba su entendimiento, y la prudencia y bondad resaltaban en todas sus palabras y acciones.

La edad de los dieciséis años es la edad de las ilusiones, la edad de las presunciones, de soñar en lucimientos externos y entregarse a pasatiempos y más si se encuentra dotado de ciertas cualidades atractivas. La Virgen tenía las más atrayentes y encantadoras cualidades; la Virgen tenía el trato más ameno y amable; pero no la ha dominado la ilusión ni la loca fantasía hacia las cosas y hacia las personas para agradarlas y pasar el tiempo, ni la ha dominado el deseo de tener y lucir. La Virgen sentía otra ilusión más noble y delicada: la ilusión de ser de Dios y para Dios totalmente en todo su ser y en todas sus acciones y bienes.

Podía haber sentido el deseo de lucir como escritora, pues tenía facultades abundantes para sobresalir sobre las más renombradas poetisas. Pero ve y siente que nada hay tan hermoso y grande como ser toda y en todo para Dios. Toda la delicadeza y emotividad y entusiasmo del amor de esa edad los ha encauzado, limpia y pura de todo apetito o veleidad, hacia Dios. El pensamiento y

la atención y la memoria de la Virgen están iluminados por la luz del cielo y fijos gozosamente en Dios, y su imaginación ayuda a su pensamiento santo, movido por el afecto del Señor. Todas las potencias de María, con el ímpetu y lozanía de la juventud, están ofrecidas y puestas en Dios.

A los dieciséis años hacemos todos mil impertinencias disparatadas y nos arrastran nuestros apetitos y caprichos no rectos y nos engañamos diciéndonos que son cosas e imprudencias de la edad. A los dieciséis años la Virgen es Virgen prudentísima y Virgen fidelísima, y el arcángel ve admirado su alma llena de gracia y así se lo dice, porque toda su aspiración y todo su ser y toda su actividad están empleados completamente en Dios.

196. El alma de la Virgen fue un cielo. Siendo la Virgen toda de Dios y toda para Dios, vivía de la manera más perfecta y más honda la presencia de Dios en sus diferentes modos. Vivía consciente y con veneración y amor la presencia de Dios esencial, sabiendo que Dios está por esencia, presencia y potencia en todos los seres criados, dándoles el ser, conservándolos y gobernándolos, y estaba también en Ella; Dios está presente por gracia y mora con amor solamente en las almas que están en la gracia de Dios y libres de pecado mortal actual, y también de este modo estaba Dios en su alma. Y la Virgen vivía como nadie ha vivido

la presencia de Dios por afecto espiritual, por el afecto especialísimo que sólo Ella ha sentido hacia Dios y por el afecto especialísimo de estimación que Dios producía en el alma de la Virgen con las abundantísimas e inmensas gracias que en Ella infundía, como no lo ha hecho con otra alguna, y uniéndola con El en altísima e íntima unión de amor.

Dios había levantado el alma de la Virgen desde el primer momento de su existencia a la más perfecta unión de amor por gracia especialísima; y porque la Virgen estaba perfectamente ofrecida a Dios era fidelísima a las gracias que recibía y estaba con la limpieza de los ángeles, toda iluminada con la luz de Dios y hecha todo amor de Dios.

La Virgen se había recogido dentro de Sí misma con Dios y en lo íntimo de su alma miraba a Dios con los ojos y confianza de la fe, acompañaba a Dios, se dejaba con atención amorosa absorber, empapar e iluminar de Dios y Dios obraba en su alma la maravilla de amor que obró, y la misma Virgen, agradecida y llena de gozo, confesaba diciendo: *El que es Todopoderoso obró en Mí maravillas e hizo grandezas en mi alma.* Toda la actividad interior y todo su afecto y memoria se empleaba en Dios, a quien estaba ofrecida, y su corazón

entero para El solo se guardaba.

No era la Virgen Santísima de distinta naturaleza que la mía. Es verdad que había sido dotada de cualidades especiales y enriquecida con gracias abundantísimas de alma y de cuerpo; pero no exhibía esas gracias y cualidades ante los ojos de la sociedad ni las usó para presunción y vanidad propia, sino que las recogió para ofrecérselas todas en el mayor amor y más grande humildad y agradecimiento a Dios, único digno de recibirlas, y en súplica y expiación por los hombres.

La Virgen deseó a Dios, buscó a Dios y se ofreció totalmente a Dios, y Dios la llenó de sus perfecciones y de su amor y la unió a Sí mismo y la hizo Sol brillantísimo de la creación. La Virgen vivía continuamente en esa vida interior de amor a Dios y de fidelidad a la gracia; encontraba su vida de cielo con Dios dentro de Sí misma; sabía por la fe que estaba llena de Dios y Dios moraba en su alma y a Dios veía en todos sus quehaceres ordinarios con sencillez y naturalidad y ejercitando la entrega y el amor más intenso en la vida más sencilla.

197. Pienso yo que la Virgen vivió lo que me atrevo a llamar la prosa de la vida, porque vivió lo áspero de la vida en la vida real y dura, como tengo que vivirla yo. La Virgen vivió pobremente; la Virgen no tenía criadas ni nadie a su servicio, ni venían los ángeles a servirla en sus quehaceres,

como escriben los poetas. La Virgen estuvo al servicio del templo y de los sacerdotes, acudió a servir a su prima Santa Isabel cuando comprendió que la necesitaba. La Virgen hacía la limpieza de su casa y preparaba y arreglaba la ropa de Jesús y de San José, lavándola y cosiéndola; la Virgen hacía la comida diaria de la familia y madrugaba para moler el trigo o cebada y hacer y cocer el pan, como lo hacían todas las mujeres de Israel diariamente, en los toscos molinos y hornos familiares, saliendo no el pan fino como tengo yo, sino un pan basto y no suave. En esa vida ordinaria se santificaba la Virgen y vivía el amor más extraordinario.

Que no vivía la Virgen en casa adornada de columnas y lujosos ornatos, como la veo en el magnífico cuadro de fray Angélico, sino en una casa pobre y con el suelo de tierra apisonada, como la mayoría de las casas de entonces, y Ella la limpiaba y cuidaba, y Ella recogía todos los días el colchón o jergón y lo extendía por la noche en el suelo, como nos dicen los historiadores se hacía entonces en las casas sencillas. Ni vivía la Virgen como la vemos ahora pintada ni como nos la presentan los idilios tan encantadores y tan dulces de los poetas, pero muy fuera de la realidad y faltos de verdad. No venían, digo, los ángeles a servirla ni se inclinaban los árboles ofreciéndole sus frutos, sino que Ella era la criada y la cocinera de Sí misma y de San José y Jesús. Ahí precisamente realizaba

los más admirables heroísmos de humildad de amor y ejercitaba todas las virtudes. Ahí vivía el más grande amor a Dios que se ha vivido en la tierra.

Y vivía esta grandeza y perfección de virtudes porque vivió la más íntima oración. La grandeza de la Virgen está en el amor y en la oración, y por el amor y la oración vivió las virtudes. El amor, como la oración, no los vemos los hombres; pero sí se ven las virtudes, que son el efecto del amor.

198. La oración es ejercicio de amor hacia Dios. La oración es estar con Dios y prestar atención a Dios. La oración es hacer entrega total de todo el ser a Dios y ponerle a su servicio. La oración es recepción de Dios en el alma; es mirar a Dios dentro del alma y mirarse como envuelta y empapada en Dios. La oración es mirar a Dios obrando su obra dentro del alma y el alma dejándose en Dios. Discurrir, hablar y pedir a Dios es parte de la oración, pero la oración es más que eso: es amor y ejercicio de amor, y el amor une y alaba y agradece.

La Virgen, recogida dentro de Sí misma, estaba atenta y ofrecida a Dios con atención de amor, de admiración y de agradecimiento. La Virgen recogida estaba dando a Dios la flor de su amor, pudiendo repetir con la Esposa de *El Cantar de los Cantares: Mi nardo dio su olor. Toda la hermo-*

sura y fragancia de la flor de mi amor es para Vos, Dios mío. Pero toda la hermosura y fragancia de la flor de la Virgen era en fe y caridad, en la verdad de la fe; no fue en éxtasis de deliquio ni en brillantez de milagros, sino en la verdad y seguridad de la fe, en oscuridad y seguridad y muchas veces en la sequedad de la fe, en fe heroica.

La oración es esconderse el alma con Dios y en Dios; es dar entrada a Dios en el alma. Dios obra en el alma durante la oración. La Virgen vivía la oración y vivía vida de oración. La oración en la Virgen no era un acto, era una vida, y la vida es la ininterrumpida continuidad de los actos. Toda la vida de la Virgen era una continuidad de actos de la oración; en su vida vivía actualmente y consciente para Dios y en Dios. Dios obraba libremente en el alma de la Virgen, porque la Virgen estaba perfectamente ofrecida, muerta a Sí misma y con todo su ser y su querer en la voluntad divina. La Virgen estaba en la compañía de Dios, miraba a Dios y se miraba en Dios. El querer de Dios era el suyo propio.

La obra de Dios es el amor. Cuanto existe, existe por el amor de Dios, y la obra de Dios en la Virgen fue el amor más delicado. Dios puso en la Virgen la hermosísima flor y el sazonadísimo fruto de la santidad perfecta. Porque fue fidelísima a las gracias recibidas, y estaba totalmente ofrecida, y aceptó todas las disposiciones divinas

con el mayor agrado y vivía guiada de la fe y con la confianza en Dios y puesta en Dios, Dios la unió a Sí mismo con la unión del más perfecto amor; el Verbo divino la escogió por Madre y se encarnó con Ella.

199. ¿Cómo expresaría yo de algún modo algo de la altísima y amorosísima soledad de la Virgen con Dios? ¿Quién podrá decir ni aun comprender el delicado misterio de amor, el altísimo gozo y la luz divina que la Santísima Virgen recibió y vivió en su soledad íntima, secretísima y altísima con Dios? ¿Cómo el amor de Dios la envolvería, la inflamaría, la divinizaría en esa dichosa soledad? ¿Qué verdades tan altísimas infundiría Dios en su entendimiento cuando ningún ruido ni recuerdo ni figura de criatura mundana interrumpía su atención a Dios? Decían Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, aconsejando la oración atenta y callada y la vida de santidad: *Haga cuenta de que sólo existe Dios y su alma.* Mi alma toda y sólo para Dios. Dios todo infinito y sólo para mí. Dios llenando toda mi alma de su infinito bien y obrando en mi alma.

La oración es de suyo soledad y unión con Dios directamente en amor. La oración pone en silencio de criatura y aun aleja en cierta manera de la criatura o del mundo para quedarse el alma toda en Dios criador y sola con Dios infinito. El alma se

derrite en humildad y en amor a solas ante Dios. Muy lejos y olvidados quedan, en esta soledad con Dios, las ansias de bienes terrenos y de honras y estimas humanas; los deseos y gustos que siente son muy contrarios a las disipaciones, curiosidades, recreaciones o diversiones de los hombres. Toda la recreación del alma en la oración de soledad y todo el gusto y gozo y curiosidad del alma es el mismo Dios, infinito en todo bien, con quien está. Y toda su compañía, de quien nunca quiere separarse, es el mismo Dios, y busca y pide la unión con Dios. Dios para mí y yo para Dios. Dios infinito, cielo de los ángeles, en mi alma y mi alma en Dios.

La Virgen vivía, Dios la puso, en esa soledad altísima y soberana, en esa soledad toda llena de armonías y de luces del mismo Dios. ¿Cómo se podrá expresar esa soledad de cielo que vivía la Virgen en el lenguaje de la tierra? ¿Qué es la soledad íntima con Dios? Santa Teresa habla del deseo que tenía de soledad y al describir la soledad sobrenatural que algunas veces vivía dice: «*Muchas veces a deshora viene un deseo que no sé cómo se mueve, y de este deseo que penetra toda el alma en un punto se comienza tanto a fatigar que sube muy sobre sí y de todo lo criado y pónela Dios tan desierta de todas las cosas que, por mucho que ella trabaje, ninguna que la acompañe le parece hay en la tierra ni ella la querría, sino*

morir en aquella soledad...» Dios comunica sus grandezas por un modo, el más extraño. «*Con esta comunicación crece el deseo, y el extremo de soledad en que se ve... parece que está el alma no en sí, sino en el tejado o techo de sí misma y de todo lo criado, porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.*»

El consuelo que le viene del cielo es para más tormento, porque acrecienta el deseo de estar con el Bien, que en Sí encierra todos los bienes. «*Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite; luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino a su Dios, mas no ama cosa particular de El, sino todo junto le quiere.*»

Y escribe también que le parecía algunas veces «*ser los que me acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven y parecerme aquéllos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos que todo el mundo me parece no me hace compañía*» (*Vida*, caps. 20 y 38).

La soledad es estar y verse por encima de sí mismo, en Dios, metido en el infinito diamante de Dios, en el gozo de su soberano acatamiento y en el sentimiento de que aún no está perfectamente y en visión directa de Dios, gozando de su infinita grandeza y hermosura.

La soledad pone en Dios de la manera más

maravillosa, alta y delicada. San Juan de la Cruz nos enseña que «*cuando el alma llega a confirmarse en la quietud del único y solitario amor del Esposo*..., *hace tan sabroso asiento de amor en Dios y Dios en ella que no tiene necesidad de otros medios ni maestros que la encaminen a Dios, porque es ya Dios su guía y su luz*...»

«*En esa soledad que el alma tiene de todas las cosas, en que está sola con Dios, El la guía y mueve y levanta a las cosas divinas; conviene a saber: su entendimiento a las divinas inteligencias, porque ya está solo y desnudo de otras contrarias y peregrinas inteligencias. Y su voluntad mueve libremente al amor de Dios, porque ya está sola y libre de otras afecciones. Y llena su memoria de divinas noticias, porque también está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasías*...»

«*Esta es la propiedad de esta unión del alma con Dios en matrimonio espiritual: hacer Dios en ella y comunicársele por Sí solo, no ya por medio de ángeles ni por medio de la habilidad natural*... *Muy poco hacen al caso para ser parte para recibir estas grandes mercedes sobrenaturales que Dios hace en este estado*... *Habiéndose el alma ya subido en soledad de todo sobre todo, ya todo no le aprovecha, ni sirve para más subir otra cosa, que el mismo Verbo esposo. El mismo la guía a Sí mismo, atrayéndola y absorbiéndola en Sí.*» Y el alma, atenta sólo a Dios, le dice: «*Lleguemos has-*

ta vernos en tu hermosura en la vida eterna» (San Juan de la Cruz, *Cántico*, can. 35).

¿Quién será capaz no ya de expresar, pero ni muy remotamente formarse idea clara de la grandeza y hermosura de la soledad sobrenatural y de la vida tan sin igual del alma que vive en esa soledad? El alma está sola, aislada de las criaturas, por encima de todas, puesta a solas con Dios infinito, con Dios amor, su Padre, su Amado, envuelta en su amor y añorando ver y poseer ya claramente su amor, su hermosura y sus infinitas perfecciones. ¡El alma y Dios solos y a solas! El alma ya entregada a la alabanza divina, al amor divino, a la admiración de Dios infinito y presente. Y Dios poniendo en el alma nostalgias infinitas de su infinita hermosura y ansias infinitas de poseerla ya en gloria.

En esa envidiable y altísima soledad con Dios vivió la Virgen toda su vida. Dios llenó su entendimiento de altísimas noticias sobrenaturales y su voluntad de un amor nunca vivido en la tierra hasta entonces. Dios obró las maravillas de su misericordia en el alma de la Virgen como nunca se había oído. La Virgen, llena de Dios, está ofrecida a Dios sin la menor deficiencia y vive a Dios en el amor más perfecto. Está ofrecida a su servicio y le vive desde niña en el templo, haciendo prontamente la voluntad de los que la mandaban y a quienes miraba en lugar de Dios. Más tarde, ya en la edad